

# El ejemplo como fuente de los valores\*

Juan Pedro Viqueira

Cuando tenía 15 o 16 años —no recuerdo con precisión—, mi padre me regaló un pequeño libro de filosofía, que, a la postre, habría de tener un enorme impacto en mi manera de comprender el mundo. Se trataba de la transcripción de la conferencia que había impartido, en octubre de 1945, el célebre filósofo existencialista francés, Jean-Paul Sartre, con el título de "El existencialismo es un humanismo", seguida de la discusión que se suscitó entre algunos de los asistentes y el ponente.<sup>1</sup>

En estos últimos días, he estado releendo este pequeño libro y ahora comprendo mejor la importancia que debió de tener para mi padre. Para empezar, a él no le podía resultar indiferente el ejemplo de dilema moral al que recurre Sartre para ilustrar su teoría ética. En efecto, se trata del caso de un joven que, durante la ocupación alemana de Francia, acudió con el autor para pedirle consejo sobre la disyuntiva que se le planteaba en ese momento: no sabía si debía permanecer junto a su madre enferma para cuidar de ella o pasar a la clandestinidad y unirse a la resistencia francesa para luchar en contra de los nazis.

Un dilema similar tuvo que vivir mi padre cuando, recién cumplidos los 16 años, a principios de 1938, falsificó su acta de nacimiento para poder alistarse en el ejército republicano y luchar contra los sublevados franquistas, abandonando a su madre, Jacinta, y a su hermana menor, Carmen.

---

\* Publicado originalmente en *Jacinto Viqueira Landa: Una vida dedicada a la industria eléctrica en México*, Compilación de Anne-Marie (Annie) Viqueira, México, Ediciones Mixcoátl, 2015, pp. 186-198.

<sup>1</sup> Sartre, Jean-Paul, *L'existentialisme est un humanisme*, París, Nagel (Collection Pensées), 1946.

Obviamente, la conferencia de Sartre, que muy probablemente leyó a fines de la década de 1940 o principios de la siguiente, tuvo que despertar en él hondos recuerdos.

De hecho, el ejemplar que me regaló tiene un buen número de frases subrayadas y de anotaciones en los márgenes, que proporcionan algunos indicios de cómo interpretó el texto y de sus propias ideas relativas a los problemas abordados, muchos de ellos de índole ética.

Para empezar, dichas anotaciones dejan en claro que mi padre se percató rápidamente de la influencia de los principios morales de Kant sobre Sartre, principios que conocía muy bien por haber sido criado en España en el seno de una familia estrechamente ligada a la Institución Libre de Enseñanza, de inspiración neokantiana. La ética de Kant, que tanto marcó a los "institucionistas", puede sintetizarse en dos de sus máximas:

"Obra sólo según aquella máxima de la que al mismo tiempo puedas querer que se convierta en norma universal".

"Obra de modo que en cada caso te valgas de la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de todo otro, como fin, nunca como medio".<sup>2</sup>

Aunque, hay que añadir que también tomó nota de que el planteamiento de Sartre era mucho más radical. En efecto, para este filósofo, los valores no tienen un fundamento objetivo, nos han sido creados por un Ser superior —en el que, al igual que mi padre, no creía—, no existen de por sí desde el principio de los tiempos en algún lugar inalcanzable. Ni siquiera el uso de la Razón puede indicarnos de manera indudable cuáles son los verdaderos y auténticos valores:

"El existencialismo, por el contrario, piensa que es muy molesto que Dios no exista, porque con él desaparece toda posibilidad de encontrar valores en un cielo inteligible; no puede existir más el bien a priori, dado que no hay una conciencia infinita y perfecta para pensarlo".<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> I. Kant, *Cimentación para la metafísica de las costumbres*, pp. 111-112.

<sup>3</sup> Sartre, Jean-Paul, *L'existentialisme est un humanisme*, pp. 35-36. La traducción del texto en francés es mía.

Ello tiene una consecuencia muy importante. Si los valores tuvieran un fundamento objetivo, su violación, por muy repetida que fuera, no los afectaría. Pero si, como dice Sartre, nuestros actos son los que los construyen, su violación los compromete mortalmente. Cada persona resulta, así, responsable de la humanidad en su conjunto; sólo su ejemplo puede fundamentar los valores que defiende. Esto implica que todos y cada uno de nosotros cargamos con una inmensa responsabilidad ética porque nuestros actos son el único fundamento posible de los valores. Mi padre siempre lo pensó así y, por ello, siempre buscó ser un ejemplo de rectitud y de congruencia.

En la última parte del mencionado libro, aparece la transcripción de las preguntas de algunos de los asistentes a la conferencia y las respuestas de Sartre. Destacan en estas páginas, las críticas de Pierre Naville, sociólogo y activista marxista, y las réplicas de Sartre. En ese debate, según se deduce de sus anotaciones, mi padre empieza por ponerse de lado de Naville cuando éste le criticó a Sartre tanto su falta de compromiso político, como el no aclarar las consecuencias prácticas de su planteamiento filosófico. Pero, más adelante, le da la razón a Sartre cuando éste le reprocha a Naville sus certezas sin fundamento, su dogmatismo, su determinismo que hace de los hombres simples objetos sujetos a unas supuestas leyes dialécticas de la historia.

De hecho, las ideas de mi padre con respecto a este debate entre una filosofía de la libertad, como lo es el existencialismo, y el marxismo se hallan claramente expresadas en su artículo, "Socialismo y libertad", que publicó en 1950 en la revista *Presencia*.<sup>4</sup> En éste, mi padre empieza por refutar los supuestos teóricos del liberalismo político, entre éstos, la idea de que existe una naturaleza humana universal e ahistórica. También critica al liberalismo por ignorar las profundas desigualdades económicas que se producen en las sociedades capitalistas, mismas que vacían de contenido la igualdad jurídica de todos los ciudadanos.

Pero, al mismo tiempo, pone en evidencia las contradicciones del marxismo en lo relativo a la libertad de los seres humanos, que a veces son vistos por Marx como determinados por el lugar que

---

<sup>4</sup> Artículo que aparece reproducido en este libro páginas atrás.

ocupan en su sociedad y a veces concebidos como capaces de una acción transformadora. Mi padre hace explícito su rechazo a la idea de que existan leyes históricas. Vale la pena señalar que estas supuestas "leyes dialécticas" fueron utilizadas por Lenin —y luego por muchos otros dirigentes marxistas— para justificar sus actos políticos —incluso los más autoritarios y sangrientos— en nombre de la necesidad histórica. Lógicamente, en su artículo, mi padre denuncia también la existencia de una dictadura de una casta dirigente que se había implantado en la Unión Soviética.

Tras haber criticado las dos grandes filosofías políticas predominantes en aquellos años, pasa a exponer su propia posición. Para él, el único valor absoluto debe ser el hombre como ser capaz de sobrepasar sus circunstancias históricas para proyectarse hacia el futuro y transformarlas. El socialismo no debía, pues, renegar de los derechos y de las libertades que el liberalismo había proclamado —los derechos individuales, la libertad política, el multipartidismo, el respeto a las minorías y el gobierno democrático de las mayorías—, sino que su tarea principal era combatir la desigualdad social para que esos derechos y libertades se volvieran realmente efectivos.

Aunque nos estamos refiriendo a un artículo que escribió cuando tenía 28 años, mi padre se mantuvo fiel a los principios básicos que enunció en "Socialismo y libertad" y se esforzó por ser congruente con ellos en su vida profesional y en sus compromisos políticos. Su profundo sentido del deber le hizo sentirse responsable de dar el ejemplo día a día, poniendo en práctica los valores que defendía.

Fue, así, siempre un firme defensor de la democracia. Cuando recordaba su participación en la guerra civil española en el bando republicano, insistía en la legitimidad democrática de la que gozaba el gobierno del Frente Popular, que había triunfado en las elecciones unos meses antes. Seguramente por ello, después de que se naturalizó mexicano, nunca dejó de votar en las elecciones, incluso, en los tiempos en los que muchos consideraban que éstas no eran sino un mal remedo de democracia, una simple mascarada. Pero para mi padre aquello, por muy imperfecto que fuera, era preferible a la ausencia de elecciones, a la dictadura abierta y brutal.

Su pasión por las libertades explica también su abierta militancia en el Sindicato Mexicano de Electricistas (SME) a favor de su democratización, que le valdría muchos sinsabores, como cuando el SME bloqueó durante años sus promociones escalafonarias por haberse negado a firmar la solicitud de que se le aplicara la cláusula de exclusión —lo que significaba dejarlo sin trabajo— a un trabajador de la Compañía de Luz y Fuerza del Centro, al que ni siquiera conocía. A pesar de las consecuencias negativas que tuvo sobre su desarrollo profesional, siempre se sintió muy orgulloso de su negativa a avalar aquellos métodos tan poco democráticos, que son el pan nuestro de cada día en muchos sindicatos mexicanos.

Su defensa de la democracia y de las libertades se manifestó en su abierta simpatía por el movimiento estudiantil de 1968, que le llevó a participar en algunas de las marchas que éste organizó. Finalmente vio con gran esperanza el surgimiento de la Corriente Democrática en 1987 y la candidatura a la presidencia de la república del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, misma que contó con el apoyo de otro ingeniero con cuyas ideas políticas mi padre simpatizaba, Heberto Castillo, especialmente en lo concerniente a su defensa de los recursos petroleros del país.

En su vida profesional, mi padre se caracterizó por tomar siempre en cuenta el impacto social que podrían tener las obras de ingeniería, por interrogarse constantemente sobre los beneficios o perjuicios que éstas podrían acarrear sobre la calidad de vida de los habitantes del país. Para él, la ingeniería no era una simple técnica, sino una poderosa herramienta que debía usarse para mejorar las condiciones de vida de los seres humanos y que había que manejar con sumo cuidado para evitar que agravara la desigualdad social o que provocara daños irreversibles al medio ambiente y a la sociedad. De ahí su preocupación por el futuro agotamiento de las reservas de petróleo y por la necesidad de encontrar fuentes de energía alternativas. Por ello mismo, siempre se opuso a la construcción de las plantas nucleoelectricas que veía como extremadamente peligrosas y que generan desechos radioactivos con los cuáles no se sabe qué hacer y que ponen en riesgo el bienestar de muchísimas generaciones futuras. Es bien sabido que, siendo gerente de planeación de la Comisión Federal de Electricidad, logró

parar el ambicioso programa de centrales nucleares que se quería desarrollar en México. Pero en vista de que, como funcionario no había logrado detener la construcción de la planta de Laguna Verde, que se encontraba ya en una fase muy adelantada, cuando renunció a su cargo, se sumó con gran entrega al movimiento ciudadano en contra de esa central nucleoelectrónica.

Su preocupación por el medio ambiente, le llevó a participar con gran entusiasmo en las campañas de ahorro energético, lo que le permitió viajar y conocer muchos rincones de su patria de adopción. Hasta el final de su vida no dejó de promover las fuentes de energía renovables de alentar la construcción de pequeñas centrales hidroeléctricas y de plantas solares y eólicas.

En las últimas décadas, no dejó de hacer oír su voz en contra de todos los proyectos de reforma constitucional que, a su juicio, conducían al desmantelamiento de la industria eléctrica mexicana en nombre de la supuesta necesidad de crear un mercado eléctrico autorregulado, que tan malos resultados había dado en otros lugares del mundo como Inglaterra y California.

Pienso que esta constante lucha por encontrar y desarrollar fuentes alternas de energía es un aspecto de su quehacer profesional que valdría la pena destacar. Una de las mejores formas de rendirle homenaje sería poner a disposición de las nuevas generaciones sus reflexiones sobre las relaciones entre la ingeniería y la sociedad y sobre políticas energéticas, reeditando su libro *Introducción a la ingeniería. Ingeniería, sociedad y medio y ambiente*,<sup>5</sup> y recopilando sus artículos sobre estos temas, que están dispersos en muchas revistas de difícil acceso.

A un nivel más personal, como hijo, me gustaría destacar que siendo un hombre profundamente moral, supo -en contra de la tradición de la Institución Libre de Enseñanza— dejar de ser moralista. En ello, tengo que reconocer que su madre —mi añorada abuela Jacinta, se le adelantó en el tiempo—. Las ideas que florecieron entre los jóvenes en la década de 1960 le llevaron a comprender que existía un ámbito privado en el que las personas tenían el derecho de elegir libremente su

---

<sup>5</sup> México, LIMUSA, 1994.

comportamiento, sus relaciones y sus placeres; ámbito privado que, por cierto, mantuvo siempre muy separado de su vida profesional.

A menudo se dice que las personas de edad no pueden cambiar y que, por el contrario, se vuelven cada día más rígidas y maniáticas. Mi padre es un buen ejemplo de que esto no es necesariamente cierto. Con el tiempo se fue haciendo más sabio, se fue interesando cada vez más en los demás y se volvió mucho más abierto y conversador —lo que definitivamente no fue el caso durante mi niñez—. También fue aprendiendo a acotar las presiones del ámbito profesional para que no desbordaran sobre su vida personal. Finalmente, en sus últimos años, nunca dejaba de asombrarse de lo generosa que había sido la vida con él, tanto que le había dejado llegar a una edad avanzada en pleno uso de sus facultades mentales y sin perder —muy al contrario— el gusto por los placeres sencillos de la vida: la buena comida, el tequila, los vinos finos, la jardinería, los grandes partidos de fútbol, la música clásica y los libros —a menudo de historia—.

Muchas de estas virtudes las fue desarrollando con los años; otras le acompañaron desde joven. Desde los tiempos en que escribió su artículo "Socialismo y libertad", dejó una clara constancia de la importancia que le concedía al trabajo creativo, al citar el siguiente párrafo de la obra de André Gide, *Nouvelles pages de journal, 1932-1935*:

"La primera condición de la felicidad es que el hombre pueda encontrar alegría en el trabajo. Sólo hay verdadera alegría en el descanso, en el ocio, cuando el trabajo alegre lo precede. La alegría sólo existe en el esfuerzo cuando éste tiende a la perfección, aun sin que la emulación lo acompañe. La alegría desaparece desde el momento en que esa perfección se asegura por obligación".